

Presentación

Las transformaciones políticas, económicas y culturales de fin de siglo se articulan alrededor de los procesos de globalización y plantean nuevas interrogantes a las ciencias sociales. La globalización hace posible una mayor integración de los Estados, sobre todo en materia comercial y financiera, pero encuentra como respuesta el resurgimiento de los movimientos nacionalistas y la proliferación de las más diversas identidades colectivas que desgarran el orden jurídico y político de los Estados modernos.

Las minorías nacionales y las nuevas identidades colectivas denuncian la marginación y la injusticia padecida durante años, siglos en algunos casos, y exigen derechos diferenciados, específicos y particulares a la problemática de cada uno de estos grupos. Derechos que van desde el autogobierno hasta la preservación de las diferencias culturales, pasando, obviamente, por la representación en los parlamentos y congresos.

Las minorías, antaño excluidas e ignoradas, no se sienten representadas políticamente, y por esta razón reclaman un número proporcional de diputaciones y senadurías; en casos extremos, algunas minorías étnicas apelan a la autodeterminación de los pueblos, exigen para sí el derecho de autogobierno, las diferencias culturales son tan grandes que creen ser y poseer todos los atributos de una nación.

Las clases sociales, los sindicatos y los partidos políticos ven disminuida su capacidad de representación ante el florecimiento de las identidades colectivas, las cuales se convierten en alternativas de participación política y ciudadana. En este sentido si una identidad cultural ha sido fuertemente construida tendrá mayor capacidad de negociación en la búsqueda de beneficios para sus agremiados.

Los aspectos culturales cobran relevancia en el devenir histórico y en la explicación de los escenarios políticos nacionales e internacionales. Las diferencias de clase y las preferencias partidarias e ideológicas han dejado de ser herramientas de la lucha social y política; actualmente, las diferencias culturales e identitarias ocupan su lugar. El diálogo entre las culturas sustituye a la lucha de clases. Diálogo que con frecuen-

cia deviene en guerra, pues en nombre de la autenticidad y originalidad de la cultura se construyen identidades excluyentes que niegan toda posibilidad de interacción entre las distintas comunidades: se establece una especie de tiranía de las identidades en lugar del diálogo entre las culturas. Los valores universales, mismos que en otros tiempos permitieron la comunicación y la transculturación, hoy aparecen como una perspicacia histórica (entre otras) y, paradójicamente, alimentan toda reivindicación particular.

Los anhelos de preservar una cultura sin mezcla hacen resurgir la intolerancia, la xenofobia y las políticas genocidas. Podría decirse que los viejos argumentos fascistas de la pureza racial han sido sustituidos por la pureza cultural. Al igual que en la época del nazismo, en nuestros días se presencian los más atroces exterminios: políticas racistas que segregan a diversos grupos étnicos, políticas genocidas que matan de hambre a millones de individuos en los países pobres.

El resurgimiento del nacionalismo y de las identidades culturales reviven recuerdos que creíamos olvidados.

Joel Flores Rentería